

LOS TINTADORES DE REDES, UN OFICIO DESAPARECIDO

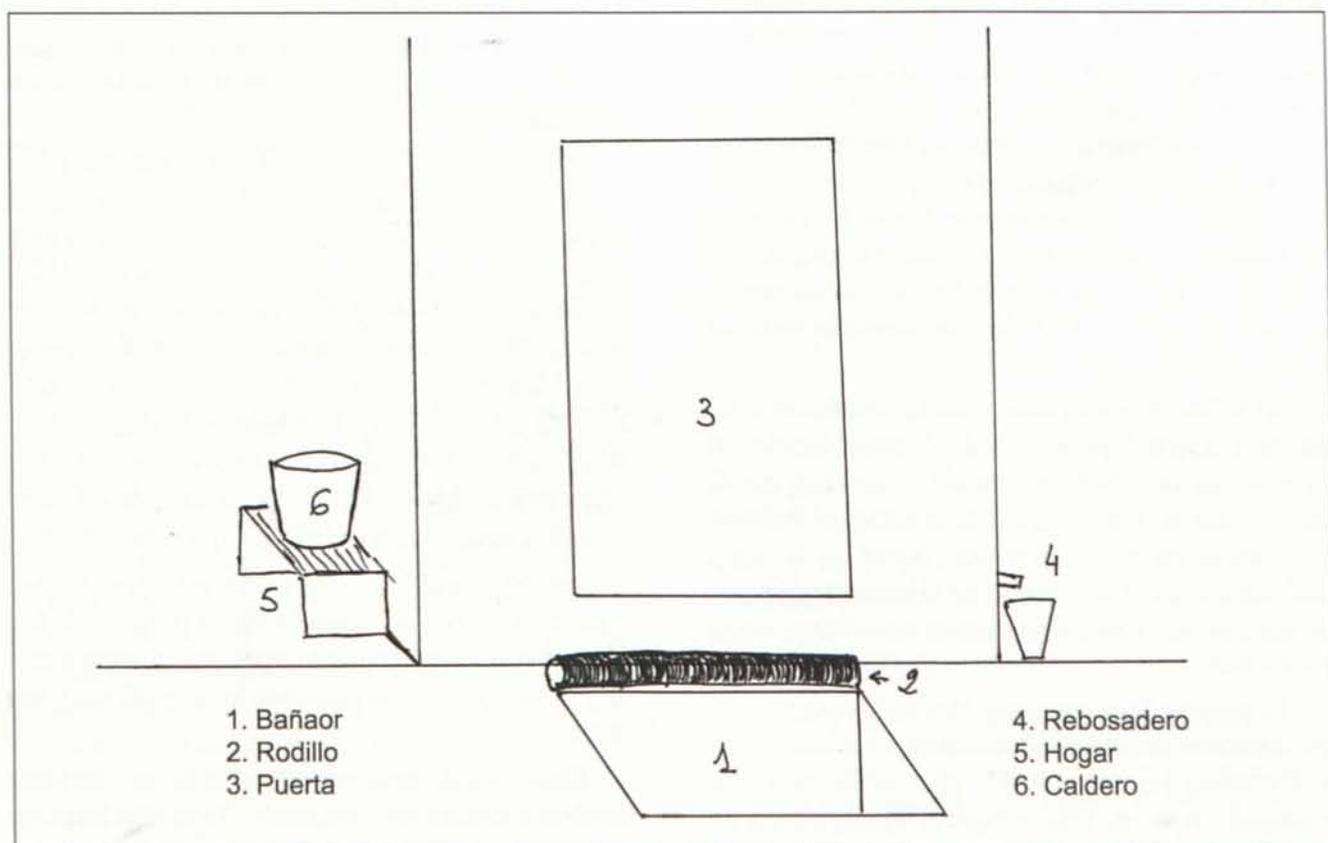
FEDERICO MOLDENHAUER CARRILLO
Investigador

*Dedicado a Miguel Barceló López (El Pelaila)
 y a José Quesada Soler (El de Margarita)*

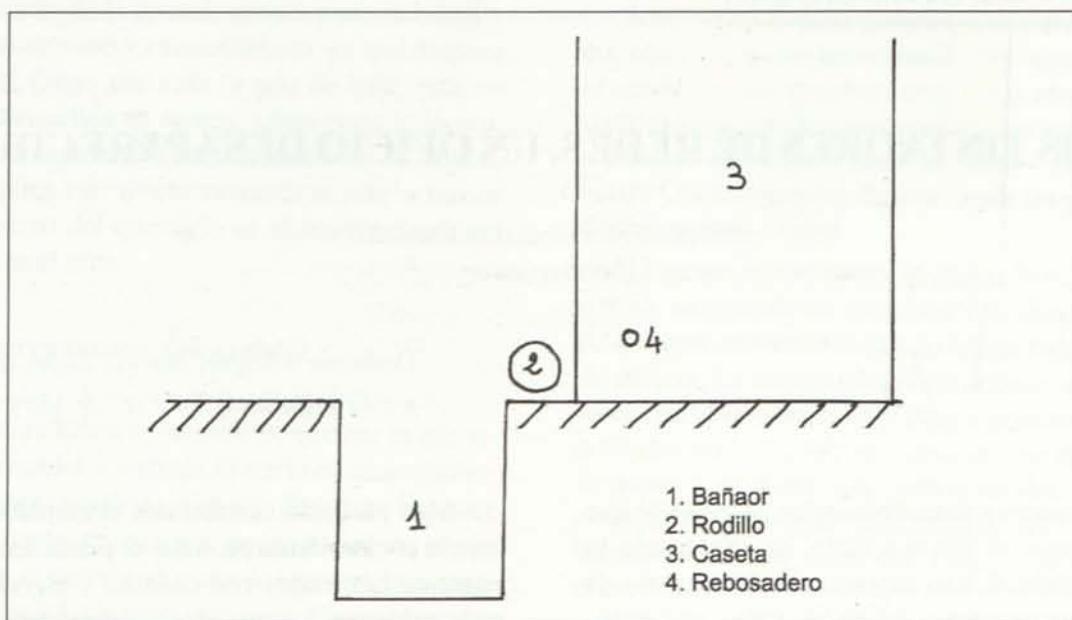
Los avances y descubrimientos de todo tipo que durante el último siglo ha efectuado la humanidad, han supuesto, en la mayoría de los casos, alcanzar mejor calidad de vida y un cambio en los oficios tradicionales, que se han ido reconvirtiendo o desapareciendo para adaptarse a los nuevos tiempos. Las personas de más edad recordarán, por poner un ejemplo de los muchos que hay, como las mujeres tenían que lavar la ropa acudiendo a los lavaderos públicos, donde con gran esfuerzo realizaban la colada. La aparición de la lavadora acabó de un plumazo con esa pesada tarea y en todos los hogares, hoy día, es una faena cómoda y rutinaria.

Algo parecido sucedió con el empleo del nylon para la confección de las redes de pesca. Los antiguos aparejos fabricados con cáñamo y algodón fueron sustituidos por los modernos elaborados con fibras sintéticas, que irrumpieron con fuerza en los años cincuenta del pasado siglo XX. Con ellos se acabó la pesada labor de tintar los artes para endurecerlos y protegerlos contra la acción del mar, que los degradaba con suma facilidad.

Con el fin de realizar la operación de tintar las redes, existían en Garrucha unas pequeñas edificaciones preparadas para este menester. Había de dos tipos: las más grandes que se utilizaban para la



Frontal de un tintador



Perfil de un tintador

jábega, la mamparra y la traña y otras más pequeñas para sardinales, boliches y otros utensilios menores como el palangre. Antes de la construcción del puerto se encontraban ubicados en las Escobetas, cerca del castillo de Jesús Nazareno, allí los tenían *los Viudas* y *los Salmolias*. Una vez que el puerto fue una realidad se trasladaron a levante del mismo, a la altura de la carretera por la que acceden los camiones al muelle comercial. En este lugar se repartían unos ocho *tintaors* entre los que se encontraban los de *los Salmolias*, *los Srodos* y el del *tío José*, que era el que estaba más a poniente de todos. Aparte de estos, todo el que tenía un barco pequeño disponía de su propio *tintaor*, muchos de ellos en los patios de las casas. Era imprescindible contar con uno para no depender de andar pidiendo favores a los que lo poseían. Repartidos por todo el casco urbano existían unos cuarenta de este modelo.

El *tintaor* se componía de una pequeña balsa de un metro y pico de profundidad y de uno a dos metros de lado llamada *bañaoor*, situada justo en la puerta de una caseta. Entre la puerta de ésta y el *bañaoor*, se colocaba un rodillo de madera por el que se debía deslizar la red una vez tintada. En el lateral se disponía de unos hierros sobre obra para hacer el fuego. Todo muy sencillo.

El proceso daba comienzo hirviendo durante más de tres horas corteza de pino molida, *concha de pino* la llamaban los pescadores, este elemento venía embalado en sacos. Una vez que el líquido estaba en su punto se vertía en el *bañaoor* y se introducían diez o doce brazas del aparejo, desde dentro de la caseta

y por encima del rodillo otros hombres tiraban del arte que era depositado en el interior para que escurriera, saliendo el fluido sobrante por un rebosadero al exterior. Se iba añadiendo más tinte según las necesidades, de tal modo que la red siempre quedara sumergida.

Esta operación se hacía con bastante frecuencia. Un arte nuevo recibía de ocho a diez tintas antes de ser utilizado en el mar, después debía ser tintado cada ocho o diez días y con algo más de espacio cuando se hacía viejo.

Especialmente duro era el tintado de las redes de la traña, pues al mejunje de pino se le añadía alquitrán, motivo por el cual se tenía que aplicar muy caliente, para evitar los grumos y asegurarse una buena impregnación. Los hombres que tiraban del aparejo se quemaban las manos, a pesar de disponer de un cubo de agua fría en el que, de vez en cuando, las refrescaban. Se aprovechaban los días de luna llena, ya que al ser las noches muy luminosas no se podía pescar de esta forma. Así el tinte de este arte venía haciéndose una vez al mes aproximadamente.

No todo era trabajar, algunos armadores ofrecían a sus marineros una pequeña fiesta después de tan ardua faena, donde no faltaba el vino y alguna que otra vianda, en ella participaban los pescadores y sus familias.

Como habrán podido comprobar los tiempos han cambiado a un ritmo vertiginoso. Vaya esta pequeña reseña de un oficio perdido en recuerdo de todos aquellos que vivieron aquellos duros tiempos.